

TRIBUNA LIBRE

EDUARDO CASTILLO TERÁN

Selecciones nacionales ¿sólo deporte?

A lo largo de los siglos ha sido frecuente que los Estados, ante problemas internos de todo tipo (sociales, económicos, etc.), buscaran o crearan un enemigo exterior que focalizase la atención de sus súbditos. Así se lograba la unión de los ciudadanos y el olvido de los problemas reales facilitando la tranquilidad de los gobernantes de turno.

Durante el siglo XX, especialmente entre los países del segundo y tercer mundo y en los regímenes totalitarios, siguió empleándose esa estrategia para que los habitantes olvidasen los problemas que verdaderamente atañían a sus vidas (falta de sanidad, hambre, precarias condiciones laborales, etc.) La diferencia fue que ese enemigo exterior se convirtió con frecuencia en un enemigo deportivo ante el cual el respectivo Estado se jugaba su honor y orgullo, al menos de puertas adentro. Así, el deporte profesional, que debía tener un papel irrelevante frente a prioridades como la educación, la sanidad, el empleo, etc. adquiría la categoría de asunto de primer orden, lo cual provocaba que países con bajo nivel de desarrollo destacaran sin embargo como potencias deportivas.

En España, en las décadas de los 80 y 90 del pasado siglo se afirmaba (yo mismo lo he escuchado infinidad de veces) que en deportes de equipo los españoles no podíamos destacar porque carecíamos de capacidad de trabajo en común y sentimiento colectivo de país. Por eso teníamos grandes deportistas pero sólo a nivel individual (tenis, motociclismo, etc.). De hecho cuando se habla de por qué la selección española de fútbol no ha conseguido más éxitos que aquella Eurocopa de 1964, ese poso ha quedado y se sigue hablando, en ocasiones, de ese factor. Resulta simpático para un país cuyas selecciones nacionales han ganado medallas de oro olímpicas o campeonatos del mundo y de Europa de balonmano, waterpolo, fútbol sala, jockey, baloncesto...

En un país moderno como España, la inmensa mayoría de los ciudadanos somos conscientes de que el deporte es sólo deporte. No hemos vivido mejor cuando se han logrado éxitos ni peor tras los fracasos. Tanto las alegrías como las penas son pasajeras y superficiales; nada más.

Para la mayoría de los ciudadanos, la participación de deportistas españoles en competiciones internacionales se en-

cuentra por encima de ideas partidistas y de filiaciones locales o regionales. Hay alegría (insisto, superficial y pasajera) cuando los deportistas españoles cosechan éxitos internacionales, pero da igual que el ganador de Roland Garros sea de Manacor o de Zaragoza o que el capitán de los campeones del mundo de baloncesto sea de Barcelona o de Cáceres. Todos estamos en el mismo equipo.

Pese a vivir en una democracia desarrollada y encontrarnos en pleno siglo XXI, como España es un país diferente, la opción de utilizar el deporte de forma interesada ha empezado a cobrar fuerza. De unos años a esta parte, los partidos nacionalistas han decidido que uno de sus caballos de batalla tiene que ser la creación de selecciones autonómicas *nacionales*. La posibilidad de utilizarlas para fomentar *los rasgos diferenciales* frente a la realidad común pone los dientes largos a los separatistas. Ya hemos comprobado, en innumerables ocasiones, la capacidad que tiene el deporte para movilizar a las masas.

Desde el punto de vista independentista, una de sus fortalezas está, más que en la contundencia de su mensaje, en la ausencia de respuesta frente a él. Saben que en un país con el imbecil complejo a decir su propio nombre (¡basta ya de «este país» por favor! España se llama España) y de mostrar nuestros símbolos (himno, bandera, escudo), las selecciones nacionales

«Por el daño que puede hacer la utilización política del deporte, es conveniente que no nos toquen las pelotas»

pueden reforzar en los ciudadanos el sentimiento de pertenencia a un Estado e identificarse con los colores de su bandera. El deporte ha sido, tradicionalmente, un extraordinario catalizador de ese sentimiento colectivo de participación de un proyecto común.

Por el daño que puede hacer la utilización política del deporte, es conveniente que no nos toquen las pelotas. Ni las de fútbol, ni las de baloncesto, ni las de hockey. Nosotros seguiremos disfrutando, sanamente, de la emoción del deporte. La semana próxima, en Santander, pasaremos una buena tarde de fútbol y, por qué no, soñaremos con un chapuzón en la fuente de los delfines cuando acabe la Eurocopa de Austria y Suiza. Deporte es, y debe ser, salud.

Eduardo Castillo Terán es presidente de la Asociación para la Divulgación de la Hispanidad (DISAD).